



CARACAS
APARTADO 628

Revista Venezolana de Orientación

AÑO 18 - N. 180
DICIEMBRE, 1955

El mundo católico ha comenzado a celebrar con extraordinario esplendor el Cuarto Centenario de la muerte de San Ignacio de Loyola, acaecida el 31 de julio de 1556.

Resulta propicia la circunstancia para meditar con fruto sobre el secreto de la evidente supervivencia de su influjo en el mundo moderno.

Comencemos por afirmar con Papini que no es San Ignacio de Loyola un santo popular, a la manera de un San Antonio de Padua, de San Martín de Tours o San Francisco de Asís. Para la gran masa del pueblo fiel no reviste la simpatía arrebatadora de un San Francisco de Sales, de San Juan Bosco o Santa Teresita del Niño Jesús, simplemente porque el gran público no conoce la íntima dulzura paternal de su gobierno, ni la extremada ternura de su intimidad en el trato con Dios. En su mal comprendida fisonomía psicológica se ha hecho resaltar con exceso el perfil austero, la severidad ascética, la exactitud de la disciplina militar.

En cambio, amigos y enemigos reconocen que el valiente caballero vasco, gentilhombre de la corte castellana, convertido providencialmente en soldado de Cristo, ocupó uno de los puestos más destacados entre las figuras próceres de la historia de la Iglesia y aun de la historia universal moderna. Con un influjo muy similar en los tiempos contemporáneos al ejercido por San Benito en la Edad Media.

Y no precisamente —como lo han querido presentar con evidente malicia los historiadores racionalistas— porque Iñigo lograra conquistar con tenacidad vasca en Roma y junto al Papa un premeditado pináculo de exhibición y grandeza; sino porque la mano providencial del Todopoderoso lo fué colocando paso a paso en la vanguardia de las fuerzas activas de la Iglesia Militante.

Ante la figura medioeval del convertido capitán Iñigo de Loyola, que, en la noche del 24 de marzo de 1522, cuelga su espada y vela sus nuevas armas de caballero de Cristo ante la imagen de la Virgen Moreneta de Montserrat, algún historiador poeta, con libertad lírica absolutamente reñida con la exactitud histórica, ha descrito los sueños de conquista espiritual del nuevo caudillo militar, que ganaba en aquel momento la Iglesia Católica: ... la visión de una hueste férreamente disciplinada, cauta, sabia y aguerrida, colocada en la atalaya de Roma a las órdenes del Papa, dominando la propia Curia Romana y, a través de ella, el mundo, con la dirección espiritual de los Reyes y de los poderosos, la educación de la juventud, el prestigio de la ciencia y hasta el control de los grandes resortes económicos del mundo.

Un San Ignacio de Loyola, soñando y logrando el dominio del mundo por los hilos secretos de los puros valores humanos, es una falsificación histórica de ingenuidad infantil o premeditada malicia.

EN TORNO A
UN
CENTENARIO

Hay un hecho contundente. Roma, es decir, la actividad concentrada en Roma, no fué un ideal Ignaciano; fué una imposición gradual de la Providencia.

Derribado el 20 de mayo de 1521 por una bala de cañón en el Castillo de Pamplona, el gentilhomme Iñigo —cristiano sincero pero de vida libre y desgarrada— se transforma espiritualmente en su castillo natal de Loyola durante los largos días de sus dolorosas curas y tediosa convalecencia. Olvida sus quiméricos ensueños para lograr la mano de una “señora de no vulgar nobleza; no condesa, ni duquesa, mas era su estado más alto que ninguno de estos”; se arrepiente de sus muchos y graves pecados y aspira a superar en asperezas y penitencias a Santo Domingo y San Francisco. Hasta surge en su mente el ideal de San Onofre, austero solitario, desgrefinado y harapiento. ¿Sueños de grandezas y ambición de poder?

Convalesciente de su herida parte del paterno castillo de Loyola hacia derroteros desconocidos. En el Santuario de Aránzazu despide a sus criados; en Montserrat se despoja de su lujoso atuendo caballeresco y viste tosco sayal y cinturón de sogas. Mendigando, peregrina a Tierra Santa. Mendigando inicia, a los 33 años, y mezclado en una escuela con los niños, sus estudios de latín. ¡Extraños caminos de ambición y grandeza!

¿Cuándo se perfila en su mente el ideal de la Compañía de Jesús? Se ha dicho que un vislumbre de su futuro escuadrón de Cristo le alcanzó en el retiro de Manresa en las dos grandes meditaciones de la segunda semana de los Ejercicios Espirituales: El Llamamiento del Rey Eterno y las Dos Banderas.

La verdad es que pasan años sin que pueda descubrirse en sus acciones el claro ideal de lo que un día llegó a ser en su mente la Compañía de Jesús. Nosotros pensaríamos que ese ideal se fué perfilando lenta, orgánica y gradualmente. Recluta algunos compañeros en Alcalá y Salamanca; pero el grupo se disuelve con su partida a la Universidad de París. Es allí donde logra conquistar para sus planes un maravilloso grupo de selección: Fabro y Javier, Láinez y Salmerón, Jayo, Simón Rodríguez y Bobadilla, que pronto serán primeras figuras de la Restauración Católica por todos los países de Europa.

Pero es interesante comprobar que ni San Ignacio, ni sus compañeros de París soñaban en establecerse en Roma. Cuando el 15 de agosto de 1534 pronunciaron en la Capilla de San Dionisio de la Colina de Montmartre sus votos de pobreza y castidad, añadieron uno tercero: “peregrinar a Jerusalén y emplearse después en procurar la salvación de las almas”. No aparece la aspiración de conquistar la atalaya de Roma. San Ignacio y sus compañeros aspiraban a meditar devotamente —humildes peregrinos— la vida de Cristo en Palestina y tal vez consagrarse a la conversión de los musulmanes de Tierra Santa. Había, sin embargo, un propósito condicional: “Llegados a Venecia esperarían embarcación un año, y si en este tiempo no la hallasen acudirían a Roma, y puestos a los pies del Sumo Pontífice, se ofrecerían a su obediencia, para que los emplease donde fuese servido en provecho de las almas”.

Fracasó efectivamente el viaje a Palestina y San Ignacio con sus compañeros se dirigió a Roma. Cerca de la Ciudad Eterna tiene una visión decisiva. Cristo se le aparece y le afirma: “Yo os seré propicio en Roma”. Era Dios que los llamaba a Roma, en la que sólo habían pensado condicionalmente. Roma no era una meta ignaciana: era un destino providencial. Dios quería la Compañía de Jesús a las órdenes inmediatas del Papa. Paulo III los acogió con visible simpatía. Ignacio realiza una labor reformadora en los altos personajes de la Curia Romana, que serán muy pronto los promotores y sostenedores del Concilio de Trento. Es en Roma donde aparece ya definido el perfil de la Compañía de Jesús: Iñigo de Loyola la describe como un escuadrón de caballería ligera a las órdenes inmediatas del Romano Pontífice: una “compañía” que en la terminología militar española del siglo de oro significa un cuerpo de ejército, como las famosas compañías de los invencibles tercios españoles.

La naciente Compañía de Jesús asombra al mundo con su eficacia apostólica. Fabro conmueve las cortes europeas; Javier avanza victorioso por el Cabo de Buena Esperanza hasta la India, el Japón y la China; Láinez y Salmerón despuntan como los primeros teólogos del sapientísimo Concilio de Trento; Canisio salva, con una muralla de universidades y colegios, para el catolicismo media Alemania, agitada por Lutero. El Duque de Gandía, San Francisco de Borja, estremece al mundo con el estampido de su consagración a la vida religiosa en las huestes de la Compañía dando un ejemplo que seguirá po-

cos años más tarde su discípulo y Señor, el Emperador Carlos V, retirándose al Monasterio de Yuste. Cuando en 1556 pasa San Ignacio a mejor vida, silenciosamente, en su retiro de Roma, la Compañía de Jesús cuenta con un millar de miembros emplazados en los puestos más estratégicos de la lucha contra la Revolución Protestante, la Conquista del Mundo Infiel y la fundamental labor de la Restauración Católica en las viejas naciones europeas. Con razón exclamará Menéndez y Pelayo en uno de sus geniales epifonemas históricos: La Compañía de Jesús no conoció infancia.

El mundo católico está celebrando con extraordinario esplendor el año centenario de la muerte de San Ignacio. Las conmemoraciones centenarias tienen un valor especial cuando se trata de rememorar a los héroes cuyo influjo es todavía palpable y viviente.

Tal es el caso de San Ignacio de Loyola. Bien puede afirmarse de él que no ha muerto para la historia. Ejerce en la vida moderna de la Iglesia una fecunda paternidad, que no lleva camino de extinguirse. Sobrevive en sus hijos y en sus obras. Mencionaremos las tres más conocidas: el Colegio Romano; los Ejercicios Espirituales y la Compañía de Jesús.

El Colegio Romano se ha transformado en la grandiosa Universidad Gregoriana, máximo centro mundial de formación Eclesiástica, donde hicieron sus estudios el Pontífice actual y gran parte de los miembros de la alta jerarquía de nuestros días. Es por excelencia la Universidad del Papa. Cuenta con 3.000 alumnos y un centenar de Colegios e Institutos religiosos adheridos.

Los Ejercicios Espirituales fueron impuestos por el nuevo Código de Derecho Canónico a todos los sacerdotes y religiosos, con especial recomendación pontificia de que se den según el método de San Ignacio. Los Ejercicios Espirituales son la fragua donde se forman también los grandes dirigentes católicos seculares sin excluir los que hemos visto brillar como constelaciones de primer orden en el mundo político, tales como Adenauer, De Gásperi, Schumann, Van Zeelan... En diversas formas, más de un millón de católicos y aun algunos protestantes, practican cada año los Ejercicios Espirituales. Solamente la Compañía de Jesús tiene en continua actividad ciento ochenta y siete casas de Ejercicios.

La discutida legión guerrera, obra predilecta de San Ignacio, la Compañía de Jesús cuenta en la actualidad 32.899 miembros esparcidos en sesenta y siete naciones. De ellos 5.593 son misioneros en cuarenta y seis misiones. En sus variadísimas actividades sobresalen, además de la misionera, la educacional: 276 Colegios y 132 Centros de Estudios Superiores con 212.792 alumnos universitarios; 1.320 Revistas y más de 20 Observatorios Astronómicos.

San Ignacio vive en la perennidad de sus instituciones geniales. Por eso es de esperar que el Cuarto Centenario de su muerte ha de constituir una auténtica apoteosis mundial.

M. A. E.

